

UNA REFLEXION MAS ALLA DE LAS ELECCIONES

Jaime Martínez Cárdenas

Colombia espera. Tal vez por una apuesta inconsciente sobre el futuro. Tal vez porque aún sangra por la herida de "La Violencia". Política tradicional o revolución sangrienta no encuentran eco en sus montañas cansadas.

El 0,5% de votos del partido comunista tradicional y el 0,2% de votos del MOIR sumados al 70% de abstención traducen la fatiga de lo ajeno y el hastío de lo propio.

La fatiga colombiana es estructural. Ella proviene de la profunda fisura interna que mina la identidad nacional. Sociológica y económicamente hay dos Colombias: la desarrollada, la industrializada, la del crédito... junto a la de la economía de subsistencia, la tradicional, la mayoritaria. Setenta y dos por ciento de colombianos con un ingreso inferior a los mil pesos, lanzados en una sociedad anclada que se anima por los reflejos imitadores de un proceso industrial extraño, pero cuyas ondas llegan retrasadas y debilitadas.

Sin embargo la falla no es la dependencia. Es la incapacidad de unos dirigentes para mirar hacia dentro. La incapacidad de reconocer una realidad que se impone. La capacidad de ignorar un pueblo que crece.

Se repite hasta la saciedad que se desconoce el futuro político del país. Pero está claro que la mentalidad colombiana es igualitaria. Es igualitaria porque es católica. El Padre Nuestro tantas veces invocado es el Padre de todos los colombianos.

El socialismo marxista no despierta resonancias en ese ambiente. El materialismo, la interpretación puramente económica del trabajo, la cuantificación del obrar del hombre desconocen la libertad humana. Pero no la pueden hacer desaparecer. Y ella destruye a sus adversarios tarde o temprano. El socialismo más genuino lo realizaron los cristianos primitivos de Jerusalén.

En Colombia hay una tendencia igualitaria incontenible. Prefiere llamarse socialismo pero es en realidad cualquier forma socio-política que exprese y realice la unidad social de manera más cabal. Podría también llamarse "comunitarismo".

Por otra parte es cierto que el individualismo (=capitalismo) no salvará a Colombia. La integración de las dos Colombias no puede lograrse en breve tiempo por esa vía, a pesar de que haya ejemplos del mundo industrializado que insisten lo contrario.

El Tercer Mundo, en general, se encuentra muy urgido para escoger camino. Y el capitalismo sólo puede responder por la paciencia. Hay muchos de mis compatriotas que se esfuerzan por demostrar que el camino no es tan largo.

Desde mi ventana leo un testimonio fehaciente de esa incapacidad del capitalismo. Leo la lucha inmisericorde que se desarrolla en el fantástico escenario de Rio de Janeiro. El desigual concurso entre el rascacielos y la favela.

En Colombia nuestras favelas se hallan en el llano. Una mitad de Colombia roída por la desnutrición.

El sentido común va más allá que la técnica en la interpretación de esta situación. Y aquellos de mis colegas que no han leído a Schumpeter continúan ignorando el problema del crédito.

Siguiendo la fisura socio-económica, la moneda colombiana es doble. La moneda activa que genera el progreso porque tiene crédito y la moneda estéril que

no da crédito, que tiene como capital el minifundio, que sólo rinde una mengua de subsistencia, que no se reproduce ni produce interés.

Sin el crédito, base de la economía moderna, el pobre que se halla a nivel de subsistencia verá siempre cerrada la puerta del bienestar. Y esa puerta no se abre por la limosna, aunque ésta provenga del gobierno. El paternalismo no abre ninguna puerta: recibe en el portón.

Pero tres míseros unidos en un crédito colectivo cambian esta perspectiva de cerrazón. La llave es, pues, un socialismo o un comunitarismo. La llave es un esfuerzo unido. Una llave social.

Golpear a la puerta nada cambia. Es preciso entrar y construir. Los partidos políticos tradicionales, sin excluir a la ANAPO, han renunciado a construir y aun a dejar entrar.

El grupo político que acepte el igualitarismo de raigambre católica del pueblo colombiano, el partido que comprenda la naturaleza colectiva del crédito, puede aspirar a solucionar el cansancio del país. El manejo inteligente de esa doble llave asegura el futuro de Colombia.

Río de Janeiro, junio de 1972.

CRISTIANISMO Y PROGRESO

No se debe ocultar que los católicos hemos mirado con prevención y miedo el surgir de la ciudad industrial, hasta llegar a considerarla como sinónimo de descristianización. El paso de la civilización rural a la industrial ha derrumbado no pocas estructuras eclesiales tradicionales y ha abierto profundas grietas en la fe de las masas obreras. En lugar de asustarnos y lamentarnos ante la realidad (en cierto grado resultado inevitable de un cambio social y cultural profundo), debemos ante todo preguntarnos valientemente si nuestra actitud de temor y aversión ante la tecnópolis se puede justificar como auténticamente cristiana. El aspecto eclesial-institucional es ciertamente esencial en el cristianismo. Pero no se debe olvidar que la dimensión promordial de éste es la interioridad, la radical autenticidad de la decisión personal forjada en lo más hondo de la libertad, a saber, en el núcleo íntimo de la persona humana, que la Sagrada Escritura designa con la palabra "corazón": es la respuesta de amor, dada una vez para siempre y siempre de nuevo, al amor de Dios, cumplido y revelado en Cristo. No es la mera profesión del contenido doctrinal cristiano la que salva al hombre, sino la fe "del corazón", que empeña la responsabilidad personal en una opción radical y total, centrada en el amor y servicio de los hombres. Si las estructuras de la tecnópolis hacen al hombre más personalmente responsable, librándolo del peso muerto de las tradiciones rurales, quiere decirse que lo hacen más apto para la decisión libre y personal por excelencia, exigida por el mensaje cristiano. Si determinadas estructuras de la institución eclesial caen con el traslado del hombre a la tecnópolis, esto significa que eran estructuras fósiles, sostenidas por los convencionalismos de una tradición muerta; no eran expresión de una fe personal, sino creencias despojadas de verdadera fe.

(De una Conferencia del P. Juan Alfaro, S.J. en las Facultades Eclesiásticas de la Universidad Javeriana. Julio 25 de 1972).